

Amigos, compañeros y camaradas

Cristianos y marxistas, creyentes y ateos, coincidieron ayer en el entierro de Alfonso Carlos Comín. Adelantado en el diálogo entre cristianos y marxistas en nuestro país, su funeral se convirtió en lugar de encuentro de las ideas que se hicieron síntesis en su persona. Comín seguramente hubiera deseado un entierro así, no por lo numeroso de la concurrencia, sino por la condición plural de los asistentes. Su cuerpo, ya sin vida, convocaba dos idearios, que él interiormente consiguió conciliar.

Con los concurrentes a un sepelio se puede reconstruir la vida de la persona a la que se despide. La vida de Comín, corta, aunque intensa, se hubiera podido reconstruir ayer, casi día a día, a través de mil testimonios vivos y entrañables de amigos, compañeros y camaradas, que compartieron con él horas, inquietudes, esperanzas y preocupaciones. Testimonios que van desde una carrera técnica, que prácticamente no llegó a ejercer y que si a otros les llevo por los caminos de la tecnocracia, a él le permitió un mejor conocimiento de los problemas sociales, y que terminan en un escaño de diputado en el Parlament catalán, del que ya no llegó a tomar posesión. En medio se sitúan años de evolución y de lucha, interior primero, y frente a un entorno adverso después. Comín fue un hombre reflexivo, pero su nombre aparece siempre en tareas colectivas y empresas en equipo, quizá porque su generosidad le obligaba a darse a los demás: revistas, equipos de sociología, encuentros, empresas editoriales, el partido. Y ello explicaba la concurrencia masiva del acto de despedida de ayer, en el que eran mayoritarios los hombres de su generación. Comín pertenecía a la generación de los que alcanzamos el uso de razón en plena guerra civil española, motivo por el cual nunca llegamos a comprender sus razones, y que alcanzamos la adolescencia en plena euforia franquista. Fue una generación que tuvo que descubrirlo todo por su cuenta, propicia, por tanto, a la evolución. Yo diría que en la evolución de Comín, del tradicionalismo familiar al comunismo, dentro de la constante cristiana, aunque también evolucionada, muchos de los presentes contemplaban su propia evolución, prescindiendo de las últimas derivaciones del camino hayan podido ser diferentes. Ayer, en el sepelio de Comín se reencontraban compañeros y amigos que perdieron contacto hace unos años, cuando el país recuperó la normalidad. Juntos habían permanecido en la resistencia y en la clandestinidad, hasta que la normalidad los separó. Ayer despedían al compañero y al amigo, sobre el que mucho se ha escrito estos días y sobre el que se ha dicho una palabra en la que todos los criterios son unánimes y que a nosotros nos parece el mejor de los títulos: antes que nada, Alfonso Carlos Comín fue un hombre honrado.

JOSEP PERNAU